

EL ALCÁZAR

DE SEVILLA,

POR

FERNAN CABALLERO.

SEVILLA.

JUAN MOYANO:

IMPRESA ESTEROTIPIA Y ENCUADERNACIONES

Francos 35.

1868.

EL ALCÁZAR
DE SEVILLA,

POR

FERNAN CABALLERO.



SEVILLA.

—
JUAN MOYANO:

IMPRESA ESTEREOTIPIA Y ENCUADERNACIONES

Francos 35.

1868.



*El producto de este librito se destina á las
arrepentidas, institucion que no cuenta con mas
recursos que los de la caridad.*

EL ALCÁZAR DE SEVILLA.

Magnífico es el Alcázar
Con que se ilustra Sevilla;
Deliciosos sus jardines,
Su excelsa portada, rica.

DUQUE DE RIVAS.

Difícil y aun árdua tarea es la que nos proponemos al intentar describir el Alcázar de Sevilla, porque no hay cosa mas indescriptible. Difícil tarea es, repetimos, aun para nuestra paciente pluma, que, bien que mal, se complace en describir lo que la impresiona ó interesa. Como no somos historiadores ni artistas, no describiremos bajo el punto de vista histórico ni bajo el artístico este venerable decano de los edificios del país, joya del patrimonio de nuestros Reyes: harémoslo sencillamente

de la manera gráfica y minuciosa con que reproduce el daguerreotipo los objetos, esto es, retratándolos sin otras impresiones que las que ellos mismos causan.

El Alcázar, castillo fuerte y residencia de los Reyes Moros, fué mucho mayor de lo que lo es en el día. Hasta la Torre del Oro, cercana al río, se extendían sus fuertes muros, hoy en parte arruinados, en parte fuera del recinto del actual Alcázar, y escondidos y oprimidos entre casas, sobre las cuales se alza de trecho en trecho una de sus torres, como un roble entre las zarzas que lo oprimen, para respirar en ancha atmósfera y no ahogarse mezquinamente. En el día su recinto es mas reducido, y carece de los cuarteles, cuadras y plazas de armas que probablemente ocuparían antes el terreno cercado. Como las construcciones del pueblo reconcentrado á que debe su origen, carece el Alcázar de fachada exterior; y solo tres puertas pequeñas, sencillas y ojivales, y un postigo, dan separada entrada á tres de sus cuatro patios, alrededor de los cuales se alinean construcciones de diferentes gustos y eda-

des, recuerdo de distintas épocas y diversos Monarcas, que se tocan, si no en la mayor armonía, en la mas perfecta paz y concordia, y son todas viejas y pobres esclavas de la mansion Régia, hermosa sultana de eterna juventud.

Una de las bellezas que sorprenden y admiran á todo el que se dirige á visitar el Alcázar, es la plaza llamada del Triunfo, que antecede á la entrada del primer patio, y que nos recuerda otra grandiosa plaza de la capital de Galicia, que, como ésta, solo se halla formada por cuatro edificios. Alzase al Norte la nunca bien ponderada, la nunca bastante admirada catedral, la Iglesia de las iglesias, la honra de la católica España, santo é infalible reloj cuyo minuterio no ha discrepado un punto desde que la inmutable dignidad del culto católico le dió cuerda. Vése al Poniente la Lonja, hermosa y perfecta construccion de Herrera, que en estantes de caoba conserva con el merecido decoro los preciosos documentos del archivo de Indias. Al Sur se alzan las almenadas murallas del Alcázar, flanqueadas de torres

macizas que le sirven de poderosos soste-
nes contra el comun enemigo, el tiempo,
pero que fueron impotentes contra el ejér-
cito que tuvo por caudillo al Santo Rey
Fernando III. Completa esta plaza al Le-
vante una espaciosa y bella casa parti-
cular, que no la afea.

La puerta del Alcázar, situada en el
ángulo formado por los muros exteriores
de este y la mencionada casa, dá entrada
al patio de las Banderas. Cuanto sobre el
oríjen de este sonoro nombre hemos podido
averiguar, redúcese á que es debido á
un haz de banderas que sobre la puerta
hubo en otros tiempos pintado al fresco.
Debajo del arco de entrada y á mano iz-
quierda hay un precioso retablo que se
ilumina todas las noches, y en cuyo cen-
tro se vé una pequeña VIRGEN DE LA CON-
CEPCION con dos lindas efigies de San
Joaquin y Santa Ana á sus lados: en la
parte superior y en los costados del re-
tablo se hallan colocadas la de San José
con el Niño en brazos, las de San Fer-
nando y San Pedro, que parecen ofrecer
la espada y las llaves, con que están re-

presentados, á la Madre del Redentor. El todo forma un conjunto tan grato para la vista como para el corazon. El patio es entrelargo, tiene en medio una fuente rodeada de árboles, y tanto el lado por donde hemos introducido en él al lector, como los dos que le son perpendiculares, se hallan compuestos de casas, sin mérito alguno artístico, alquiladas á particulares, alzándose en el opuesto la hermosa habitacion del Teniente de Alcaide, en cuyo extremo izquierdo, segun se mira, hay un arco que conduce por un estrecho y retorcido callejon al postigo de que hemos hablado y que dá salida á la calle llamada de la Vida, al paso que en el costado derecho se encuentra una gran puerta coronada con las armas Reales y que dá ingreso á un cuerpo de edificio construido por Felipe III y reparado por Felipe V, que colocó en sus salones altos la Real Armería. Entrase por dicha puerta en un vasto corredor ó vestibulo sostenido por columnas, llamado el Apeadero, y encuéntrase en frente un antiguo y venerable retablo. En el ángulo izquierdo un

callejon bajo de techo, termina en una cancela de hierro que dá entrada á los jardines. En el derecho hay en direccion perpendicular una galería que tiene á la derecha dos casas y á la izquierda la verja de un patio llamado de Doña María de Padilla, y que el actual Teniente de Alcaide, con el buen gusto y celo que le distinguen, ha convertido en jardin.

Al otro lado de este y enfrente de la verja que hemos hecho mérito, vése el cuerpo de edificio construido por el emperador Cárlos V, para celebrar en él sus bodas con la Infanta Doña Isabel de Portugal, y que consiste en inmensos y vacíos salones, de los que unos dan á este nuevo jardin y otros á los antiguos del Alcázar. En el principal de dichos salones se verificó el Régio enlace el 10 de marzo de 1526, solemnizando el invicto Monarca este acontecimiento con dar libertad en el mismo dia al rey Francisco I de Francia, preso en la torre de los Lujanes de Madrid desde la inolvidable victoria de Pavia (1). En otro sa-

(1) La mayor parte de las noticias que in-

lon de aquellos, llamada la sala Cantarera, celebró mucho tiempo sus sesiones la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, á que Sotelo, Reinoso, Lista, Arjona, Mármol y tantos otros hombres ilustres pertenecieron, y que estuvo en posesion de él desde que en 1752, al año de haber sido fundada por el docto Sacerdote Don Luis German, fué acogida bajo la Real proteccion por Fernando VI, hasta 1848 en que el entonces Teniente de Alcaide la hizo desalojar, sin respetar la concesion hecha á este célebre cuerpo literario por su Régio Protector, ni el haberle sido confirmada por nuestra augusta Soberana en 1842, y sin que hayan sido despues eficaces todas las gestiones de la Academia para volver á ocupar su antiguo é histórico local.

Termina la galería ántes espresada,

sertamos, concerniente á la historia y á las artes, las hemos debido al Capitan de Artillería Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, jóven cuya instruccion y talento solo son comparables á la modestia que los avalora, y á la nobleza y bondad de su carácter.

en otro pátio, que es el principal, y que comunica por un arco con otro estrecho y largo, llamado de los leales Monteros de Espinosa. A un extremo está la puerta que debe su nombre al Leon de España, que, con una mano puesta sobre una lanza y una cruz en la otra, se vé pintado encima, ostentando éste que fué su magnífico lema: AD UTRUMQUE.

¡Imposible nos es contemplar sin avergonzarnos este lema glorioso de la antigua España!

En el pátio de la Montería se halla un vasto y notabilísimo aposento llamado la Sala de Justicia, que es acaso la construccion mas antigua del Alcázar y la mas puramente árabe. En él se reunian los Jueces; y cuando hablemos del dormitorio del Rey D. Pedro, referiremos una tradicion que une lúgubre y justicieramente el nombre de este Monarca al de la sala espresada.

Vueltos al pátio principal, dirémos que en el frente opuesto al arco por donde se sale al de la Montería, álzase, deslumbrando al que mira, la árabe facha-

da del Régio Alcázar. Pero antes de entrar en éste, sigamos un pasadizo, que del pátio principal conduce al cuarto pátio, que es el más moderno, el más chico, el más simétrico y el más triste de todos, que se llama de la Contratacion, y que debe su restauracion á los comerciantes que allí tenian sus juntas y sus contratos cuando se hallaba en auge el comercio de Sevilla con América.

Volvamos á la Régia Morada.

No ha mucho que esta inapreciable joya se encontraba en el más triste y vergonzoso abandono. No solo se hallaban deslustrados y perdidos los preciosos colores y dorados que hacian de ella la única mansion capaz de realizar las semi-fantásticas concepciones de los cuentos de las *Mil y una noches*, no solo se hallaban, á fuerza de estúpidos blanqueos, enterrados y completamente ocultos en cal los finisimos arabescos de sus muros; no solo conservaba como heridas sin curar, los destrozos sufridos en distintas épocas y circunstancias, sino que varios pátios y aposentos apuntalados

daban márgen á que escribiese cierto humorista viajero de los que en lugar de descripciones hacen sátiras, por ser esto último más fácil, que una de las cosas afortunadas que le habian sucedido durante su viaje, era el haber salido sano y salvo del Alcázar de Sevilla. Así, pues, los verdaderos amantes del pais, los anticuarios, los artistas y los historiadores deben estar profundamente agradecidos á nuestra REINA DOÑA ISABEL II, en cuyo reinado se ha dado por fin cima á la restauracion de este admirable monumento, único en Europa, que con la Alhambra y el Romancero nos transporta á lo vivo á aquellas románticas edades en que la elegancia y los brios varoniles, el espíritu caballeresco y religioso, la galantería y el heroismo reinaban juntamente y sin contrariarse. Esta bienhadada restauracion, cuya fecha con el nombre de la REINA que la dispuso, brilla en letras de oro formando el mas bello adorno de la puerta principal del palacio, atrae y atraerá cada dia con mayor fuerza á nuestra Sobe-

rana los entusiastas elogios á que es acreedora, por haber sabido sobreponerse al espíritu avariento de la época y á sus tendencias cínicamente pregonadoras de lo positivo y de lo útil, demostrando noblemente de lo que son capaces la generosidad y la esplendidéz.

La equidad régia exige que recaiga una parte de estos elogios en el entendido y perseverante Teniente de Alcalde actual, que con singular constancia, celo é inteligencia, superando obstáculos y venciendo inercias, ha sabido realizar los deseos de la augusta SEÑORA, eficazmente ayudado en la parte artística por el distinguidísimo pintor sevillano Don Joaquin Dominguez Bécquer. Dificilmente se hubiera hallado otra persona que hubiera podido hacer lo que el Señor D. Alonso Nuñez del Prado ha llevado á cabo, pues, no es fácil seguramente encontrar quien esté dotado de su fuerza de voluntad, quien se enamore, como él, de su obra, y le dedique todo su tiempo; quien tenga su buen gusto y su inteligencia, y quien sea asimismo

bastante acaudalado para poder anticipar de sus propios fondos las sumas necesarias para tan dispendiosa obra, á cubrir las cuales no siempre alcanzaban los rendimientos de las fincas del Real Patrimonio puestas á su cuidado. Así, pues, tanto nuestros SOBERANOS como el país, deben estar reconocidos al que, interpretando dignamente los nobles deseos de nuestra REINA, ha logrado restaurar este Alcázar, preparando infatigablemente la noble hoguera de la que en todo su primitivo esplendor ha resucitado el morisco Fénix.

Ya en la fachada deslumbran los vivísimos colores y el oro, que constituyen el régio manto de esta encantadora mansion. La entrada carece á nuestro entender de grandeza, privándola una pared de la vista del magnífico patio principal, al que conduce una pequeña puerta lateral. Hállase este pátio rodeado de cincuenta y dos columnas de mármol, de las que cuarenta están apareadas, formando las doce restantes cuatro grupos de á tres en los ángulos. Sobre estas columnas álzanse veinte y cua-

tro arcos piramidales, formado cada uno de trece semicírculos, ménos los cuatro que ocupan el centro de cada frente, que constan de quince; rodeando al patio una galería, cuyos muros así como los de los arcos, están cubiertos de arabescos, y tienen formados sus zócalos de aquel brillante y perdurable alicatado peculiar á los moros.

Frente á cada uno de los cuatro arcos centrales, que son mayores y ménos agudos que los demás, hay en la galería una gran portada, de las que una comunica al salon de Embajadores, otra al llamado de Cárlos V. otra á otro salon, y la restante constituye el emplazamiento en que, segun es fama, se colocaba el trono de los Reyes moros para recibir el feudo de las Cien Doncellas impuesto á sus vasallos por el usurpador Rey de Astúrias Mauregato y pagado anualmente á los árabes en recompensa de haber auxiliado á aquel para apoderarse de la Corona, hasta que su sucesor, el gran Rey D. Alfonso II el Casto, redimió á los cristianos de tan vergonzo-

so tributo, gracias á sus brillantes victorias sobre los infieles.

De verificarse en este patio la entrega de este Feudo, pretende la tradicion que se deriva su nombre de patio de las Doncellas.

Dos de los tres pequeños ajimeces ó claraboyas caladas que hay encima de la magnífica puerta de alerce que conduce al salon llamado de Cárlos V, por haberlo reedificado este soberano y sustituido á su antigua techumbre el precioso artesonado que hoy se admira en él, tienen en su parte superior dos cabezas árabes cubiertas con sus turbantes, una de hombre y otra de mujer. Segun tradicion, son retratos del alarife que el Rey D. Pedro hizo venir de Granada para reconstruir el antiguo Alcázar, y de su mujer puestos en aquel parage por orden del Monarca para perpétua memoria.

El piso superior lo forma una galería jónica construida por Cárlos V, cuyo soberbio *Plus Ultra* ostenta tambien este patio.

Pásase del patio que hemos descrito

al salon de Embajadores, que eleva su soberbia cúpula sobre todas las demás techumbres del edificio. Compónese cada uno de sus cuatro frentes, de un bellissimo arco, tres de los cuales tienen otros tres embutidos; sobre cada arco grande hay tres claraboyas figuradas y caladas como encaje; encima de los cuatros grandes arcos, se ven cuarenta y cuatro mas pequeños embutidos en el muro, sobre estos hay un balcon en cada fachada, y encima de ellos y circundando al salon, existia una série de retratos de los Reyes de España, dentro cada uno de un arco gótico; álzase finalmente la majestuosa media naranja artesonada que corona el salon. Destinado en una ocasion el Alcázar á cuartel de voluntarios, entretuviéronse estos desde los balcones en despedazar á bayonetazos los históricos retratos de que hemos hablado.

Impotente nuestra pluma para describir debidamente este salon y referir las impresiones que el recuerdo de la trágica escena ocurrida en su recinto el 10 de mayo de 1358 despierta, y de que, segun

afirma la tradicion, son evidentes testimonios las vetas rojizas que manchan las losas del pavimento, y que se suponen producidas por la sangre del Maestre Don Fadrique al ser muerto por los balles-teros de su ofendido hermano el Rey Don Pedro de Castilla, dejemos hacerlo al primero y más nacional de nuestros poetas contemporáneos, al Duque de Rivas:

Mas ¡ay! aquellos pensiles
No he pisado un solo dia
Sin ver (¡sueños de mi mente!)
La sombra de la Padilla.

• • • • •
• • • • •
Ni en el aposento régio
El que tiene en la cornisa,
De los reyes los retratos
El que en columnas estriba.
Al que adornan azulejos

Abajo, y esmalte arriba,
El que muestra en cada muro
Un rico balcon, y encima
El hondo arteson dorado
Que lo corona y atrista,

Sin ver én tierra un cadáver;

Aun en las losas se mira.

Una tenaz mancha oscura....

¡Ni las edades la limpian!...

¡Sangre) ¡Sangre!! ¡Oh, Cielos, cuántos

Sin saber que lo es, la pisan!

Del salon de Embajadores se pasa á un pátio de no grandes dimensiones, pero de imponderable belleza. Llámase de las Muñecas, y se compone de diez arcos, de los que los cuatro centrales son mayores que los restantes. Sostiénenlos columnas de mármol, y tantos sus muros como los de la galería que forman, y los dos pisos superiores, son literalmente de finísimo y delicado encaje. Es todo blanco, y ha sido resguardado de la acción de la intemperie, colocando sobre él una elegante cubierta de cristales.

Solo lápiz y el pincel unidos, pueden dar idea de la caprichosa variedad y belleza de los adornos, de que así el salon y los dos patios de que hemos hecho mérito, como las demás estancias del piso bajo del Alcázar, tienen revestidos sus muros; y de lo admirable de los artesonados. Por todas

partes deslumbran el oro y los mosaicos compuestos de los mas vistosos colores. Las ventanas, divididas á lo morisco por finas columnitas, dan la mayor parte á los jardines, los cuales tendrian quizás el aire demasiado grave, si la severidad de los naranjos y bojés que unos contra las paredes, otros sirviendo de marco á los cuadros, no discrepan de la etiqueta, no estuviera paliada por el murmullo de las fuentes, la espléndida alegría del cielo y la lontananza de sus horizontes que nada interrumpe, por concluir los jardines en los muros de la ciudad, lo que les da el silencio y el apacible encanto de la soledad.

El segundo piso del edificio fué levantado en su mayor parte con posterioridad á la construccion árabe y á la reedificacion hecha por D. Pedro. En él existen muchos hermosos salones con magníficos artesonados, entre ellos una estancia admirable que dá á la fachada, y cuyas paredes sostenidas por columnas, revisten el oro y los colores, y los mismos encantadores arabescos que embellecen los aposentos del piso bajo, y un lin-

dísimo oratorio de arquitectura gótica, fabricado de orden de los Reyes Católicos, y de gusto semejante al de la iglesia de S. Juan de los Reyes en Toledo.

El altar, que es de azulejo, representa la Visitación de Nuestra Señora, viéndose en el frontal la Anunciación, y entre muchos adornos la bella y memorable divisa de los augustos Fundadores TANTO MONTA, con el yugo y sus iniciales F. I.

En este mismo piso se encuentra el dormitorio del Rey D. Pedro, que es la última habitación situada en el lado izquierdo del Alcázar, mirando hacia los jardines. En el techo de la parte de muro comprendida entre dos puertas, que una tras otra cierran una de las entradas de esta estancia, se ven pintadas cuatro calaveras, y junto á otra puerta una figura esculpida en estuco, que representa un hombre sentado contemplando otra calavera. Hé aquí la tradición á que esto se refiere. Cuéntase que escuchando un día el Rey, á quien la historia llama *El Cruel* y las tradiciones y la poesía *El Justiciero*, una deliberación entablada en la sala de

justicia por cuatro jueces que acababan de oír la relación de cierta causa, vino en conocimiento de que trataban de torcer la ley del lado de la *dáviva*, y del modo de repartirse las que en premio de su infamia les habían sido ofrecidas. Presentóse el Monarca indignado ante ellos, y haciéndoles cortar acto continuo las cabezas, dispuso colocarlas para eterno escarmiento en el sitio donde hoy se ven las calaveras. Andando el tiempo fueron quitadas de allí las cabezas, y substituidas por las calaveras y la figura que parece llamar la atención sobre ellas, como indicando el fin reservado por la justicia del Rey á los jueces prevaricadores.

Una pequeña y casi escondida escalera, única que existía en el antiguo Alcázar,—pues la grandiosa principal que hoy une los dos pisos, y que pertenece al Renacimiento, es del tiempo de Felipe II, y se halla fuera del recinto de aquel,—comunica desde el dormitorio de D. Pedro á una capilla situada en el piso interior, en lo que fueron habitaciones de Doña María de Padilla, y por ella diz que

bajaba el rey á distraerse de las ingrati-
tudes y falacias de que fué siempre victi-
ma, al lado de una mujer amante y fiel.

Un terrado se extiende ante las habi-
taciones altas, y otro ante las bajas, y
conducen desde ellas á los jardines. Llámase jardines, por estar divididos, no sa-
vemos con qué objeto. La última division
que al frente parte el jardín en dos, es
debida al Asistente Don Francisco Bruna,
que malgastó en ello bastante dinero.

Por la izquierda termina el jardín en
una gran galería techada, por la cual pue-
de pasearse en los dias lluviosos; y que
separa á aquel de la extensa huerta per-
teneciente al Alcázar. Cubre la galería
una azotea, que es otro nuevo paseo, en
extremo agradable por las buenas vistas
que ofrece; pero ninguna mas grata que
el contraste que forman de una parte
aquellos régios jardines con su magestad,
su órden y su silencio, y de otro la casita
del hortelano en su pintoresco desórden,
con su parra por toldo, sus gallinas y po-
llos por cortesanos, sus legumbres por ri-
queza, sus flores por lujo, y su alberca

habitada por ranas, á dos pasos de los históricamente famosos y régios baños de las Sultanas, y mas tarde de Doña María de Padilla. Entrase en ellos por el jardin, y están hoy bajo el patio que lleva el nombre de ésta, levantado en tiempo de Carlos V. En lo antiguo se hallaban rodeados de naranjos y limoneros que bebían sus aguas, y cubierta únicamente su parte superior. Consisten los baños en una larga alberca, que tendría en aquella época agua siempre corriente para abastecerla.

Cuéntase que, mientras se bañaba la hermosa favorita le hacían tertulia el Rey y sus cortesanos, lo cual deja de ser tan escandaloso como á primera vista pudiera aparecer, si se considera que hoy mismo es costumbre en algunas partes recibir en el baño, y aun en ciertos parages bañarse muchas personas de ambos sexos reunidas, como se verifica en los de Biarritz, en Francia, y en los de Bath en la pulcra Albion. La galantería de aquellos tiempos habia introducido la costumbre de que, los caballeros bebieran del agua misma

en que se bañaban las damas. Así lo verificaban en el baño de Doña María el Rey Don Pedro y sus cortesanos. Notó un día aquel que uno de estos no lo hacía, y dirigiéndose á él, le dijo: ¿Porqué no bebes? Prueba esta agua y verás cuán buena y fresca es.—No haré tal, Señor, contestó el interpelado.—¿Porqué? tornó á preguntar picado el Monarca.—Para evitar, Soberano Señor, repuso aquel, que si encuentro agradable la salsa, vaya á antojármela perdiz.

A la entrada de los jardines, por la cancela de hierro de que casi al principio de estas páginas hablamos, y que es la que en ciertos días se franquea al público, hay un magnífico estanque de mas de tres varas de profundidad, apoyado en la galería que separa los jardines de la huerta, y en cuya pared se ven todavía bellísimas pinturas mitológicas, que ni el ardiente sol ni los violentos aguaceros de Andalucía han podido deslustrar.

De este estanque se refiere, que hallándose muy preocupado Don Pedro con la idea de á qué Juez confiaría el senten-

ciar un pleito sumamente enmarañado y oscuro, cortó una naranja en dos mitades y colocó una de estas sobre la superficie de las aguas del estanque.

Hizo venir á un Juez y le preguntó qué era lo que sobrenadaba. Contestóle el Juez que era una naranja, y descontento el Rey lo despidió, mandando llamar sucesivamente á otros varios Jueces, de quienes, habiéndoles hecho la misma pregunta obtuvo tambien la misma respuesta. Llegó, por último, uno, que al escuchar la pregunta del Rey, desgajó una rama de un árbol, y trayendo con ella hacía sí el objeto á que aquel aludia, lo sacó del agua: Es media naranja, Señor, contestó entonces.—Tú serás, dijo el Rey, quien sentencie la causa; y la puso á su cuidado.

No debemos pasar por alto una cosa que entusiasma á algunos, y asusta á otros de los muchos que visitan los jardines del Alcázar. Nos referimos á un juego de aguas que hace brotar de repente entre los ladrillos de los paseos, gran cantidad de saltadores, que forman-

do prismas con los rayos del sol poniente, causan bellissimo efecto y parecen otros tantos movedizos penachos de brillantes.

Tambien hay un laberinto de arrayan, caro á los niños, que los atrae y asusta como todo lo misterioso.

Hay otra cosa en estos jardines, que sin ser cosa artística ni régia, sin recuerdo histórico y sin ayuda del tiempo ni del hombre, encanta y admira, y es un rui-señor que no busca recuerdos ni bellezas, sino verde hojarasca, y no podemos concluir de hablar del Alcázar, sin dedicar un recuerdo á este huésped de sus jardines, porque él á su vez nos trae á la memoria los amigos queridos y simpáticos en union de los cuales, y sentados con ellos alrededor de una fuente, hemos quedado tantas veces mudos y absortos escuchando los mismos sonidos que oirian las grandes figuras, cuyos hechos han quedado impresos en las páginas de la historia, y cuyas huellas se estamparon en los mismos sitios que recorriamos. Una série de siglos, con los personajes y cosas que en cada cual figuraron, pasaba lentamente ante nuestra vis-

ta, trayéndonoslo á la memoria como repite un lejano eco los debilitados sonidos de distintas tocatas. Entónces, cual nunca, sentiamos lo que Mr. Ernesto Renan, Miembro del Instituto francés, ha expresado no ha mucho en las siguientes palabras (1): «¡Lo pasado es tan poético! ¡Lo porvenir es tan poco! Hay mas mérito en amar lo que fué, que en amar lo que será. Ciertos seres privilegiados aman las cosas antiguas y gastadas, porque las vén débiles y abandonadas, y porque la multitud se aglomera en otras direcciones. En esto consiste el secreto de su fuerza; pues en medio de esta humanidad ligera que ríe, se divierte y se enriquece, conservan lo que constituye la fuerza del hombre, y lo que á la larga dá siempre la victoria, esto es, la fé, la gravedad, la antipatía á todo lo vulgar, el menosprecio de la frivolidad.»

Mal hemos llenado nuestro cometido (2);

(1) «Revista francesa de ambos Mundos» 15 de Agosto de 1857. pág. 768.

(2) No puede leerse nada más exacto, interesante y poético que la descripción del Alcázar hecha por el Excmo. Sr. D. Antonio de Latour.

pero venga todo aquel que quiera conocer bien esta joya de España á la hospitalaria hija del Bétis: cuando le admire la Lonja, le encante el Alcázar, y le entusiasme la Catedral, conocerá cuán difícil es describir en lisa y llana prosa lo que se siente al contemplarlos. No ha sido este tampoco el objeto que nos hemos propuesto al trazar las presentes líneas. Al ver que la época actual, que tiene tantas trompas para publicar lo que es triste y malo—ó lo que sin ser malo hace que lo parezca,—no ha tenido fuera de Sevillani una débil voz para publicar la buena y satisfactoria nueva de esta hermosa restauracion, cuya importancia es la de un verdadero

Ayo que fué de S. Á. R. el Sr. Duque de Montpensier, y actual intendente de su casa, en su notable y erudita obra titulada: «Etudes sur l'Espagne.» Recomendamos á todos los que despues de leer estos ligeros apuntes deseen adquirir mayores noticias sobre el Alcázar, que lean el capítulo 4.º del tomo 1.º de tan curiosa é interesante obra, que dicho sea de paso, no creemos se haya traducido aun. ¡Tales por desgracia entre nosotros la falta de espíritu público, tristemente absorbido por la política!

acontecimiento nacional (por más que no sea un ferrocarril), hemos querido solo evitar que quede desatendida, y contribuir en algo á que todo español amante de las bellezas artísticas y de los monumentos históricos de su patria, tribute á nuestros Reyes la gratitud á que en esta, como en tantas otras ocasiones, se han hecho acreedores.

